

MEDITACIONES METAFÍSICAS

LA CERTEZA

Comienza Descartes las *Meditaciones metafísicas* planteando la situación en la que él personalmente se encuentra respecto al conocimiento. Afirma que ha encontrado en los conocimientos que creía poseer, más motivos de duda que de certeza, por lo que se propone investigar en profundidad la cuestión para determinar si podemos aceptar que hay algo verdadero en el mundo y, en caso contrario, al menos obtener la certeza de que no hay en absoluto ninguna verdad.

El método que se propone aplicar se basa en la duda, de modo que considerará falso todo aquello en lo que encuentre el menor motivo de duda; no se trata, pues, de que Descartes se convierta en un escéptico: se trata de aplicar el principio epistemológico de la "duda metódica" (también denominada "hiperbólica", por lo exagerada o radical).

A la vez que aplica la duda como punto de partida de la investigación, subraya Descartes la búsqueda de la certeza como la meta o fin último de su filosofía. Considera que un conocimiento, para ser tomado como verdadero, ha de tener la propiedad epistemológica de la certeza o seguridad completa en la verdad de un conocimiento. La certeza significa, pues, la seguridad absoluta en la verdad de nuestros conocimientos. Por consiguiente, la menor sombra de duda hará desaparecer esa certeza y Descartes considerará necesario equiparar dicho conocimiento a un conocimiento no aceptable como verdadero o simplemente falso.

Habrà que examinar, pues, si lo que hemos tomado hasta ahora por conocimientos verdaderos poseen o no esa propiedad, y están o no a salvo de la duda metódica. No será necesario examinarlos por completo; bastará examinar los principios en que se fundan y, del mismo modo que un edificio se derrumba si fallan sus cimientos, el edificio del saber se derrumbará si los principios en que se funda resultan ser dudosos.

LA DUDA

Descartes dedicará la primera meditación a examinar los principales motivos de duda que pueden desacreditar sus conocimientos.

Los sentidos se presentan como la principal fuente de nuestros conocimientos; ahora bien, muchas veces he comprobado que los sentidos me engañan, como cuando introduzco un palo en el agua y parece quebrado, o cuando una torre me parece redonda en la lejanía y al acercarme observo que era cuadrada, y otras situaciones semejantes. No es prudente fiarse de quien nos ha engañado en alguna ocasión, por lo que es necesario considerar dudosos y, por tanto, no fiables, a todos los conocimientos que tiene su origen en los sentidos.

Sin embargo, parece exagerado dudar de todo lo que percibo, ya que es evidente que estoy aquí, veo mi mano, y otras cosas semejantes; pero, dice Descartes, esta seguridad en los datos sensibles inmediatos también puede ser puesta en duda, dado que ni siquiera podemos distinguir con claridad la vigilia del sueño. ¿Cuántas veces he soñado situaciones muy reales que, al despertarme, he comprendido que eran un sueño? Esta incapacidad de distinguir el sueño de la vigilia, por exagerado que parezca conduce no sólo a extender la duda, más allá de lo sensible, al ámbito de mis pensamientos, incluidas las operaciones intelectuales más abstractas que no parecen derivar de los sentidos. La indistinción entre el sueño y la vigilia me lleva a ampliar la duda de lo sensible a lo inteligible, de modo que todos mis conocimientos me parecen ahora sumamente inciertos.

Aun así, parece haber ciertos conocimientos de los que no puedo dudar, como los conocimientos matemáticos. Sin embargo Descartes plantea la posibilidad de que el mismo Dios que me he creado me haya podido crear de tal manera que cuando juzgo que $2+2 = 4$ me equivoque; de hecho permite que a veces me equivoque, por lo que podría permitir que me equivocara siempre, incluso cuando pienso en verdades tan "evidentes" como las verdades matemáticas. En ese caso todos mis conocimientos serían dudosos y, por lo tanto, según el criterio establecido, deberían ser considerados todos como no válidos.

Sin embargo, dado que la posibilidad anterior (la existencia de un Dios que se complace en el engaño) puede parecer ofensiva a los creyentes, Descartes plantea otra opción: la existencia de un genio malvado que interviene siempre en mis operaciones mentales de tal forma que haga que tome constantemente lo falso por verdadero y siempre me engañe. En este caso, dado que soy incapaz de eliminar tal posibilidad, puesto que realmente me engaño a veces, he de considerar que todos mis conocimientos son dudosos. Así, la duda ha de extenderse también a todos los conocimientos que no parecen derivar de la experiencia. La duda progresa, pues, de lo sensible a lo inteligible, abarcando la totalidad de mis conocimientos, a través de los cuatro momentos señalados anteriormente. No sólo debo dudar de todos los conocimientos que proceden de los sentidos, sino también de aquellos que no parecen proceder de los sentidos, ya que soy incapaz de eliminar la incertidumbre insalvable a que están sometidos.

LA PRIMERA VERDAD

En la segunda meditación, repasando la perpleja situación en la que se encuentra al final de la primera, en la que se veía obligado a dudar de todo. Descartes se da cuenta, sin embargo, de que para ser engañado tiene que pensar, por lo que al menos existo como pensamiento, me engañe o no; y la siguiente proposición: "pienso, existo", ("cogito, sum"), es necesariamente cierta y a salvo de la duda metódica.

De modo que luego de haberlo pensado y haber examinado cuidadosamente todas las cosas, hay que concluir, y tener por seguro, que esta proposición: pienso, existo, es necesariamente verdadera, cada vez que la pronuncio o la concibo en mi espíritu.

Esa proposición supera todos los motivos de duda: incluso en la hipótesis de que exista un genio malvado cuyo afán sea siempre equivocarme. La proposición, "pienso, existo" se presenta con total claridad y distinción que resiste todos los motivos de duda y dispone de una absoluta certeza. Es la primera verdad de la que puedo estar completamente seguro y de la que puedo decir que es evidente en sí misma.

Dado que las características con la que se me presenta tal evidencia son la claridad y distinción, estas dos propiedades son las que debe reunir lo pensado para ser considerado verdadero.

Se ha discutido en numerosas ocasiones si Descartes pretende deducir la existencia del pensamiento. De hecho, en el Discurso del método la proposición que él mismo formula, "pienso, luego existo" da lugar a pensar que Descartes pretende deducir la existencia del pensamiento, observación que ya fue realizada por Gassendi y que el mismo Descartes se encargó de refutar. No obstante, la expresión que utiliza posteriormente en las *Meditaciones*, "pienso, existo", y la exposición detallada del momento en que formula esa proposición, parece dejar claro que se trata de una intuición, de la intuición de la primera evidencia, de la primera verdad que se presenta con certeza y que supera todos los motivos de la duda. Esa primera verdad aparece súbitamente (mientras Descartes recuerda la meditación anterior y repasa los motivos que tenía para dudar de todo) y de un modo inmediato, pues, percibe con claridad que para pensar tiene que existir, y que la proposición que expresa esa "intuición" ha de ser necesariamente verdadera.

Una vez descubierta esta primera verdad, Descartes se propondrá reconstruir sobre ella el edificio del saber y, al modo en que operan los matemáticos, por deducción, tratará de extraer todas las consecuencias que se siguen de su aceptación.

EL YO COMO PENSAMIENTO Y SUS CONSECUENCIAS

¿Qué soy yo? Una cosa que piensa dirá Descartes. ¿Y qué es una cosa que piensa? Una cosa que siente, que quiere, que imagina... Descartes atribuye al pensamiento los caracteres de una sustancia, al hacer del *yo pienso* una "cosa", a la que han de pertenecer ciertos atributos. La duda sigue vigente con respecto a la existencia de cosas externas a mi pensamiento, por lo que el único camino por el que se puede progresar deductivamente es el análisis de ese "yo pienso" o sustancia pensante (una cosa que piensa).

¿Qué es lo que hay en el pensamiento? Contenidos mentales, a los que Descartes llama "ideas" (*pensées*). La única forma de progresar deductivamente es, pues, analizando dichos contenidos mentales, analizando las ideas.

Distingue Descartes tres tipos de ideas: unas que parecen proceder del exterior a mí, a las que llama "ideas adventicias"; otras que parecen haber sido producidas por mí, a las que llamará "ideas facticias"; y otras, por fin, que no parecen proceder del exterior ni haber sido producidas por mí, a las que llamará "ideas innatas".

Las ideas adventicias, en la medida en que parecen proceder de objetos externos a mí, están sometidas a la misma duda que la existencia de los objetos externos, por lo que no puede ser utilizadas en el avance del proceso deductivo; y lo mismo ocurre con las ideas facticias, en la medida en que parece ser producidas por mí, utilizando ideas adventicias, debiendo quedar por lo tanto también sometidas a duda. Sólo nos quedan las ideas innatas.

Descartes analiza dos ideas que considera innatas: la de infinito y la de perfección. Argumenta que tales ideas no pueden haber sido originadas o causadas por mí, dado que soy finito e imperfecto, por lo que sólo pueden haber sido causadas por un ser proporcionado a ellas; por tanto, tienen que haber sido puestas en mí por un ser infinito y perfecto, que sea la causa de las ideas de infinito y de perfección. A partir de ellas, demuestra Descartes la existencia de Dios mediante los dos conocidos argumentos basados en la idea de infinitud y en la de perfección.

Una vez demostrada la existencia de Dios, puesto que Dios no puede ser imperfecto, se elimina la posibilidad de que me haya creado de tal manera que siempre me engañe, así como la posibilidad de que permita a un genio malvado engañarme constantemente, de tal modo que los motivos alegados para dudar de la verdades matemáticas, de los pensamientos abstractos o inteligibles y de la certezas que derivan de los sentidos, quedan eliminados.

Por tanto, puedo creer con firmeza en la existencia del mundo, es decir, en la existencia de una realidad externa a mí, con la misma certeza con la que se que es verdadera la proposición "pienso, existo", (que me ha conducido a la existencia de Dios, quien aparece como garante último de la existencia de la realidad extramental o del mundo).

Puedo estar seguro por deducción de la existencia de tres sustancias: una sustancia infinita, Dios, que es la causa última de las otras dos sustancias, la "res extensa", es decir, el "mundo", las realidades corpóreas, cuya característica sería la extensión y la "res cogitans", la sustancia pensante, no corpórea, no extensa e inmaterial.